JÓVENES QUE INSPIRAN

Testimonios de liderazgo y superación



PLAN INTERNATIONAL

Por la niñez en Ecuador

Plan International es una organización dedicada a luchar por los derechos de la niñez y la igualdad para las niñas, su presencia en Ecuador cuenta ya con seis décadas. Para cumplir su propósito, lleva adelante iniciativas que cambian la vida de niñas, niños, adolescentes y jóvenes, sus familias y comunidades.

Esta publicación narra esas historias de cambio honrando a sus jóvenes protagonistas, 14 de ellas mujeres y tres de ellos hombres, al proceso duro y lleno de obstáculos por el que pasaron para lograr dar otro rumbo a sus vidas, aquel que se plantearon o soñaron. En las siguientes páginas, a través de testimonios, se muestra cómo estas y estos jóvenes definieron sus sueños y el camino que siguieron para avanzar en su proyecto de vida. Habla también de las dificultades y, sobre todo, que aún están en el camino.

Nuestro agradecimiento sin límites a quienes generosamente decidieron compartir sus vivencias brindándonos lecciones de valentía, resiliencia, pero también de alegría y amor por la vida, y mucho más.

Es una gran satisfacción para Plan International Ecuador compartir con ustedes, nuestras y nuestros lectores, las experiencias de liderazgo y de transformación de 17 jóvenes. Estas historias nos hablan del liderazgo inclusivo, horizontal y participativo. Liderazgo cuyo éxito está en juntar sinergias y voluntades hacia un objetivo; aquel que contribuya al bienestar común, que fortalezca el tejido social y que promueva el desarrollo de la niñez y juventud en nuestro país.

Les invito a disfrutar y reflexionar sobre estas historias de vida que revelan una frescura envidiable; así como, un contundente testimonio de que el logro de nuestros anhelos es posible, aún en las más difíciles circunstancias.



ROSSANA VITERI
Directora Plan International Ecuador

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, sobre todo desde que el Ecuador ratificó la Convención sobre los Derechos del Niño (1989), las condiciones de vida de muchos niños y niñas mejoraron de manera significativa. Los avances más importantes están vinculados a la disminución de la mortalidad infantil[1], el acceso a la educación básica[2] y a la salud. En el ámbito legal se han dado importantes avances en la aprobación de leyes para garantizar sus derechos y protegerlos del trabajo infantil y la violencia, entre otros.

A pesar de estos logros, aún enfrentamos retos importantes en varias áreas, las principales son: la calidad de la educación, los alarmantes niveles de violencia[3] y discriminación y la limitada participación de niñas, niños y adolescentes en decisiones que les afectan. Todas estas problemáticas se han profundizado a causa de la pandemia del COVID-19. 24 760 niñas, niños y adolescentes han tenido que dejar de estudiar[4] porque solo el 38 % de hogares en el Ecuador accede a internet[5]. El 911 recibe una llamada por violencia cada cinco minutos y los fines de semana, una cada tres minutos[6]. Se han reportado 15 casos de femicidio de niñas y adolescentes, seis de ellas tenían menos de cinco años[7].

Esto evidencia que el compromiso de garantizar una vida digna para todas las niñas y los niños no ha logrado calar lo suficiente en la sociedad para cambiar sus normas y comportamientos en la medida requerida. Esta es la razón por la que Plan International Ecuador sigue trabajando por un mundo justo que promueva los derechos de la niñez y la igualdad de las niñas, porque ellas (las más empobrecidas, indígenas, afrodescendientes, con discapacidad, de zonas rurales o que habitan en los márgenes de las ciudades) son las principales afectadas por la desigualdad y la violencia.

Desde edades tempranas, las niñas aprenden los roles que deben cumplir porque se les asigna gran parte del trabajo doméstico y de cuidados; en los sectores en mayor condición de vulnerabilidad, desde los cinco años[8]. Legalmente, el trabajo doméstico no remunerado es trabajo infantil; pero las familias, la sociedad, e incluso las niñas y mujeres, lo perciben como ayuda o responsabilidad natural, obviando que esta actividad y ellas, sostienen la economía familiar, la

---

[1] INEC. (2018). Mortalidad infantil: 21.8 por cada mil niñas/os nacidas/os en 1990; 9.7 en 2018.
[2] ENEMDU. (2016). 97 % hasta los 10 años de educación básica.
[3] Observatorio Social del Ecuador. (2018). Situación de la niñez y adolescencia en Ecuador. Una mirada a través de los ODS, evidencia que el 38 % de niñas, niños y adolescentes han sufrido algún tipo de maltrato extremo.
[4] Diario Expreso. (2020). La pandemia deja a más de 24 000 niñas sin estudiar.
[5] UNICEF Ecuador. (2020). COVID-19: Cómo asegurar el aprendizaje de los niños sin acceso a internet.
[6] UNFPA Ecuador. (2020). Entrevista a la Mg. Cecilia Chacón Castillo, Recuperado de:
https://ecuador.unfpa.org/es/news/%E2%80%9Ccada-5-minutos-se-registra-1-llamada-la-l%C3%ADnea-de-emergencia-911-por-violencia-basada-en-g%C3%A9nero
[7] CEPAM. (2020). Feminicidios 2020.
[8] Plan International Ecuador (2014). La realidad del trabajo doméstico de niñas y adolescentes en Ecuador



HISTORIAS DE VIDA DE LÍDERES Y LIDERESAS

Plan International ha trabajado por el bienestar de los niños y niñas en todo el Ecuador durante 60 años. Hemos vivido de cerca historias fascinantes de superación, hemos visto romperse muchos círculos viciosos de pobreza y violencia, hemos tenido el privilegio de ser testigos de muchas vidas cambiadas. A continuación, compartimos algunas de estas historias de cambio que consideramos representativas de las iniciativas que hemos llevado a cabo, y en las que se podrá ver el proceso de crecimiento, despertar y orgullo de los protagonistas.

Los testimonios han sido recogidos a lo largo del país donde la Organización tiene incidencia y se presentan según un orden geográfico de Sierra y Costa.



Jessenia

En 2009, en mi comunidad, cerca de Guamote, era normal que en las mingas comunitarias las mujeres marcasen "media raya", es decir media asistencia. Las mujeres debían trabajar dos días para completar una asistencia, cincuenta por ciento más que los hombres. En las reuniones comunitarias solo había asientos para los hombres. Yo tenía nueve años, era muy tímida y no me daban la oportunidad de decir las cosas que pensaba.



chicas de mi cantón, junto con nuestras mamás y un representante de Plan International. Recuerdo que la entrevista fue muy bonita y me fue bien porque pude hablar en kichwa, mi lengua materna. Les conté sobre mi proyecto comunitario y lo que quería lograr. Se impactaron con mi historia, pues desde pequeña fui la portavoz de aquellas niñas que no se han expresado por miedo. Dos semanas después, una representante de Plan International me llamó y me dijo: "Jessenia, vas a ir un mes a Estados Unidos, alista tu maleta".

La emoción fue tan grande que no sabía qué hacer, cómo responder, parecía tan imposible... Antes del viaje conocí al resto de jóvenes que fueron seleccionados y fue bonito saber que había más personas que se preocupan por cambiar la comunidad, el cantón y el país; que había muchísimos más jóvenes que tienen el mismo pensamiento de transformar nuestras vidas.

Mi primera parada en Estados Unidos fue Houston, Texas. Ahí conocí a mi familia anfitriona. Mi mamá era de Honduras y mi papá de Los Ángeles, por lo que el idioma no fue una barrera. Me trataron como a su única hija, me consintieron en todo momento. Les agradezco porque, aunque no sabían quién era yo, siempre tuvieron su corazón abierto a conocerme. Aprendí que, de algún modo, todos estamos aquí por algo, y entendí que siempre podemos ser mejores personas, para cambiar nosotros y también a nuestras familias.

Durante las mañanas me reunía con el resto de los Jóvenes Embajadores y aprendíamos a implementar nuestro proyecto comunitario, cómo expresarnos con diferentes públicos, cómo ser mejores líderes y apoyarnos unos a otros. También nos enseñaron a escuchar a las personas, las necesidades que tienen, porque no todos vivimos la misma realidad en nuestros hogares. Y, además, entendí la importancia de apoyar a los niños, a tenerlos siempre en cuenta, a verlos como individuos especiales y genuinos.

Al regresar a mi comunidad implementé mi proyecto, llamado Manitas Creativas, con el que ayudamos a los niños a desarrollar su motricidad fina y gruesa, porque tenían mala ortografía y problemas al momento de escribir; también les hacíamos un acompañamiento de tareas dirigidas, para reforzar sus conocimientos, y les enseñábamos kichwa e inglés. Hacíamos caballitos tejidos, con botellas recicladas, que vendíamos como artesanías para recaudar fondos. En mi comunidad hay problemas de malnutrición y los niños tenían hambre, por lo que utilizábamos el dinero que recaudábamos para darles refrigerios que preparaban las mamás.

A veces me parece que mi vida se ha ido tejiendo junto a los programas de Plan International. Así fue como, tras tomar un programa comunitario para administrar el dinero (Aflatoom), encontré mi vocación: estudiar Administración de Empresas; ahora estoy en cuarto semestre de la universidad con el apoyo de una beca de Plan International Holanda. También lidero un proyecto de apicultura junto con otros jóvenes de mi comunidad: cultivamos miel para venderla. Además, bajo la responsabilidad de los padres, damos créditos a niñas y niños que requieran comprar útiles escolares, pues muchos se han quedado sin estudiar por no tener este recurso, pero nosotros sabemos de la importancia de la educación y queremos colaborar de algún modo.

Ahora tengo veinte años y mi forma de ver el mundo sigue cambiando. No solo soy una mujer independiente, sino que he podido alzar la voz por las niñas que están en proceso de descubrirse a ellas mismas, y visibilizar lo que somos capaces de lograr si somos valientes y empoderadas.



La música también me ayudó a perder el miedo al público, a las personas que me miraban y a cumplir una meta que tuve desde niña. Cuando éramos pequeños, con mis hermanos dibujábamos en las paredes de la casa lo que queríamos ser de grandes, lo que nos gustaría lograr, y anotábamos las fechas importantes. Uno de esos sueños era viajar a otros países y conocer a otras personas. Curiosamente, una vez llegó una convocatoria del gobierno de Bélgica a la escuela de música: nos invitaban a tocar en su país para dar a conocer nuestra cultura. En la orquesta éramos alrededor de 50 personas y solo podrían ir 12. El proceso de selección fue exigente y para mí era un poco más difícil, porque, por ser mujer, tenía que ayudarle a mi mami en las tareas del hogar. Por las mañanas iba al colegio, al regresar estudiaba un poco, en la tarde iba a clases de música y llegaba por la noche. Los fines de semana iba a trabajar al campo y se me hacía difícil practicar y estudiar. Mi mami siempre me decía que le pusiera empeño a las cosas que quiero hacer y que hay que buscar tiempo de donde sea. Me esforcé mucho por ganar esa beca y viajar, practicaba cuando tenía un poco de tiempo en mi casa y otras veces iba al conservatorio antes de las clases para ensayar.





Erika

Me llamo Erika y nací en una comunidad kichwa cerca de Guamote. En mi familia hemos vivido de la agricultura y de las cabras, las vacas, los cuyes y los cerdos. En el huerto tenemos cultivos según la temporada. También tenemos algunos animales y nos levantamos temprano para amarrar a los borregos y ordeñar a las vacas. En el campo crecí y soy feliz, veo a los niños de la comunidad y a mis vecinos que trabajan

duro la tierra porque es la base de nuestra economía.

Cuando era niña dibujaba mucho: pintaba las portadas de mis cuadernos, retrataba a mi familia y hacía paisajes andinos; utilizaba diente de león para el amarillo, el verde lo sacaba de las hojas, el violeta salía de la malva y obtenía otros colores, como el tomate y el rojo, de las flores del páramo.

Cuando tenía ocho años, más o menos, tuve un padrino que vivía en Alemania. Él y su familia solían enviarme cartas en las que me contaban cómo eran su vida y sus fiestas, y de vez en cuando me mandaban regalos; el que más me gustó fue unos lápices de colores que yo no había visto nunca. Por mi parte, yo hacía pulseras y aretes y los mandaba a Alemania.

Ahora, mucha de la ropa que tengo la hago yo misma, bordo mis blusas con flores y diseños geométricos, y cuando tengo ganas de un collar nuevo, ensarto mullos dorados en un hilo de nylon.

La educación es lo que más se cultiva dentro de mi familia. A mí me gusta estudiar y hasta fui abanderada del pabellón nacional. No tengo duda de que la educación es el camino, porque para mí ha sido así. Mi papá siempre nos ha impulsado, a mis tres hermanas y a mí, para que seamos profesionales. Siempre nos dice que debemos aprovechar esta oportunidad que él no tuvo. Eran otros tiempos, su familia era numerosa (tenía nueve hermanos), por lo que debían escoger entre comer o estudiar. Pero él siempre dice: "el conocimiento hace que no seamos personas insensibles, nos hace mejores individuos, mejor familia y mejor sociedad".

En mi núcleo familiar no hubo machismo porque mi papá asistía a las capacitaciones para adultos que realizaba Plan International Ecuador. Siempre se ha capacitado, incluso fuera del cantón. Mi papá creció en un contexto de violencia intrafamiliar, pero él siempre se negó a "ser como su padre", típica frase con la que se mantiene la violencia.

Por su ejemplo fui a la escuela, pero debía caminar cuesta abajo durante 20 minutos, cargando mi mochila. El trayecto de regreso fácilmente podía tomar una hora, porque era cuesta arriba. Al colegio fui a estudiar más lejos, tenía que caminar hasta dos horas si es que iba despacio.

Tengo 21 años y estudio Arquitectura en la Universidad Nacional de Chimborazo (UNACH) con una beca de Plan International Holanda. Soy la primera mujer indígena que ingresó a esa carrera. Los primeros días me quedaban viendo raro por mi vestimenta: blusa, anaco y alpargatas. Como si mis compañeros nunca hubieran visto a una mujer indígena. Y les entiendo, porque las mujeres indígenas no estudiábamos. Siempre se prefería que estudiara el hombre, porque "él debía mantener la casa", y se pensaba que mandar a la mujer a la escuela era "botar la plata". ¿Para qué iba a estudiar una mujer si tenía que quedarse en la casa para barrer, cocinar y atender a los hijos?

A veces era incómodo ir a clases, además de verme sobre el hombro por mi ropa, me decían que, por ser mujer, no podía estudiar y, por ser del campo, no sabía nada. Juzgaban mis capacidades sin tomarse el tiempo de conocerme.

Mientras sufría esta discriminación en la universidad, veía que muchas compañeras sufrían otros tipos de violencia, de parte de sus parejas por la falta de autoestima, o la incapacidad de encontrar espacios de participación. Poco a poco se fueron interesando en lo que yo les decía, les hablaba del embarazo adolescente y les explicaba que podían decir "no" si se encontraban en una situación de violencia. Muchas mostraron desinterés, pero otras dijeron "basta" y se decidieron a encontrar un cambio. También los hombres han ido conociendo poco a poco sobre el machismo y se han interesado por ser mejores cada día.

A mis compañeros les he contado las historias que me han hecho ser quien soy. En 2015 tuve la oportunidad de participar en Jóvenes Embajadores, un programa con el que Plan International, Amigos de las Américas y la Embajada de





muy valiosas, de ellas he aprendido que es necesario servir a la comunidad, con humildad, sencillez y trabajo duro. Es necesario permitir que otras personas se desarrollen para que salgan adelante, no decir "yo voy primero", ese no es un buen líder. Para servir a los demás hay que dejar los intereses personales aparte. El que quiere ser el primero también debe poder ser el último. La vida siempre te va a poner piedras en el camino, pero hay que aprender a usar esas piedras como peldaños para subir y seguir adelante.

Cuando cumpla 60 años me gustaría escribir un libro motivacional para niñas, quizás un libro en el que relate mi vida. Les contaría que el único límite que deben tener es el cielo. Que la vida de una u otra manera te va a tratar mal pero siempre te va a poner piedras que puedes escalar. Les diría: sigue arriba, tú puedes, ojalá tengas la bendición de que encuentres personas te puedan ayudar, como a mí me ayudaron. Yo te ayudaré de una u otra manera, pero no te quedes. Les escribiría: sigue adelante con valor, con honor, que tú podrás lograr grandes cosas en tu vida, confía en ti misma porque a veces una es su principal enemiga. Tú puedes, tus manos y tus pies son los que van a construir tu futuro, adelante, no te rindas.



Klever

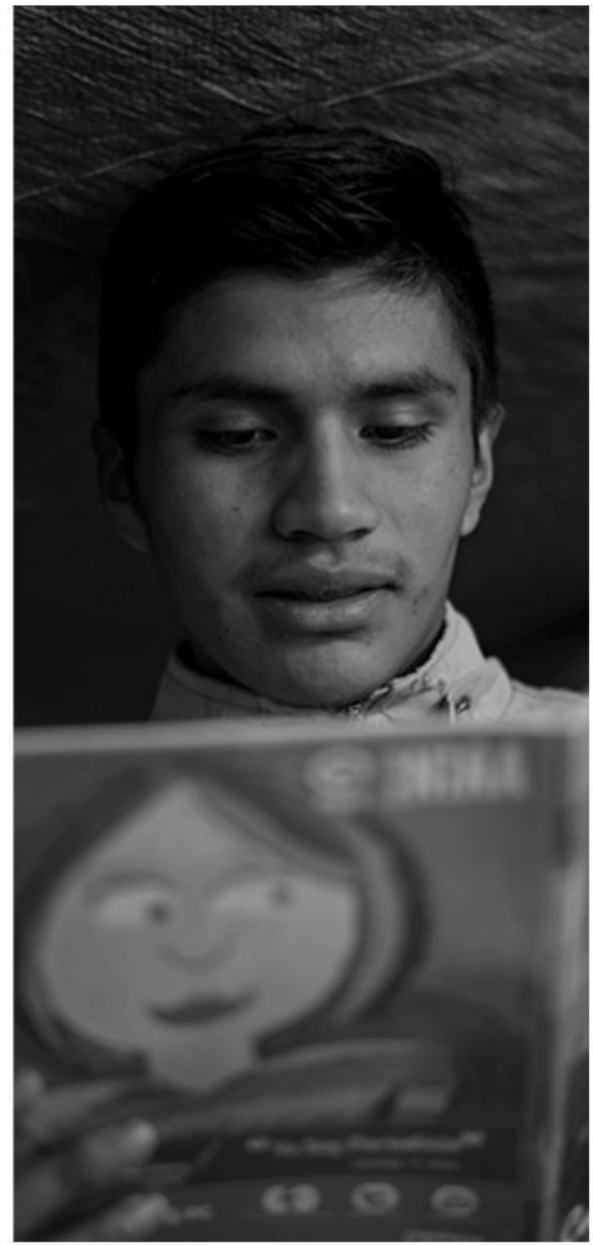
En mi casa no siempre se habló de la necesidad de combatir el machismo y la desigualdad de género. Cuando yo entré a las charlas de Plan International pude sacar la radiografía de mi propia casa y me di cuenta de que las cosas no estaban tan bien, especialmente para mi hermana menor. Con el tiempo, mi padre se ha convertido en voluntario de Plan International, por lo cual ahora se practica una vida de igualdad en nuestro hogar. Mi tío

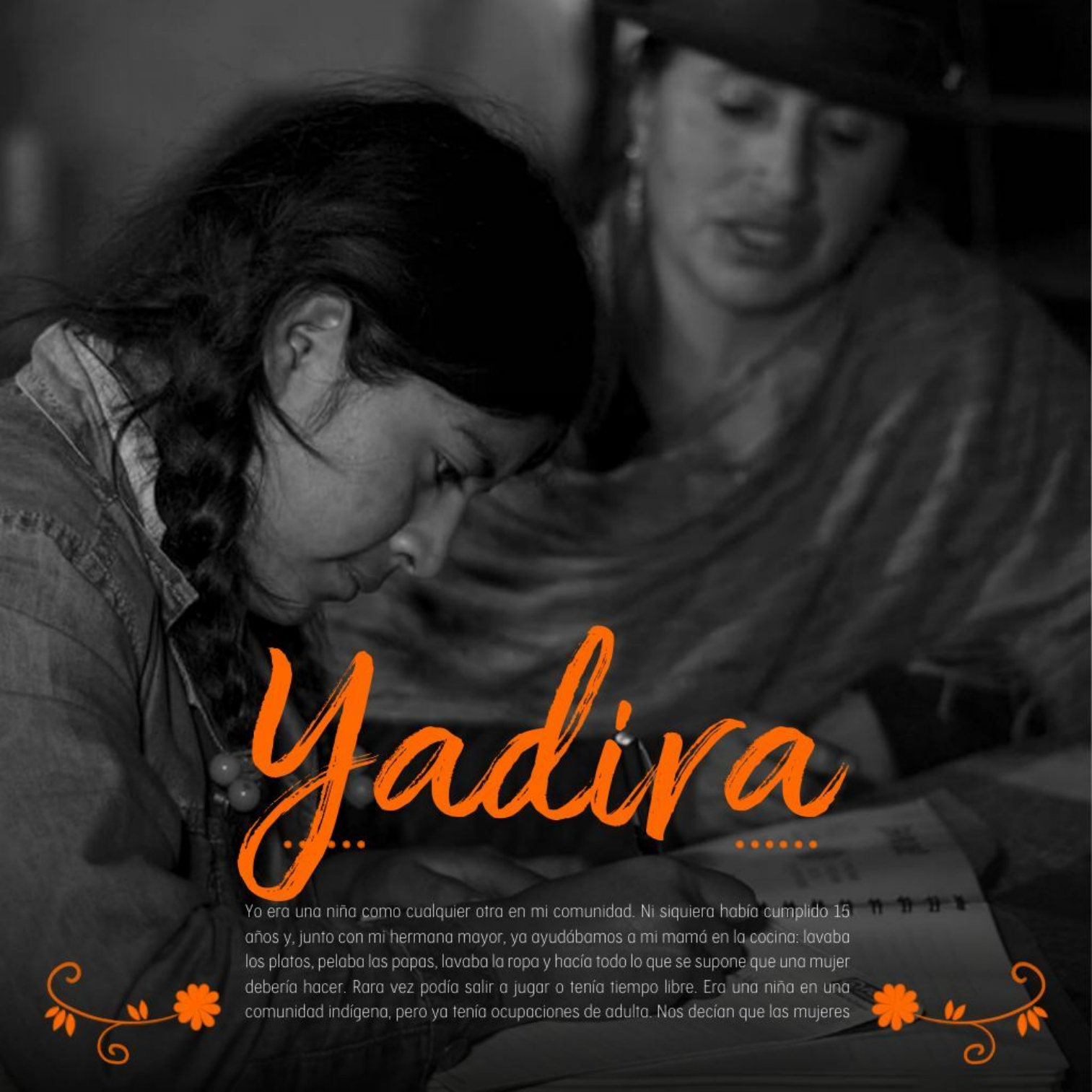
hacían sentir mal, que trataban de bajar mi autoestima.

Por eso intento replicar lo que he aprendido en Plan International que, básicamente, es enseñar a decir "no". Este mensaje lo he transmitido a niños y niñas.

El trabajo duro ha dado resultados claros, por lo menos en términos de evitar el embarazo adolescente. A pesar de que en épocas pasadas hubo un buen porcentaje de niñas embarazadas, esta cifra ha bajado en la zona rural, y ahora queremos eliminarlo, con la acción conjunta de muchas personas e instituciones.

El mayor problema que tratamos de erradicar son las actitudes machistas que discriminan a las mujeres. Tratamos de llegar a la población a través de distintos canales. Por ejemplo, yo participo en un programa de radio que se llama *Ñuca Shimi* (nuestra voz). Solemos recibir llamadas de niñas que nos cuentan cuáles de sus derechos están siendo vulnerados, que sienten una gran discriminación y que no las toman en cuenta; en cambio, cuando recibimos llamadas de niños, nos dan ideas de cómo podemos hacer que las niñas sean partícipes en todas las actividades estudiantiles y que no sean discriminadas.





Yadira

Yo era una niña como cualquier otra en mi comunidad. Ni siquiera había cumplido 15 años y, junto con mi hermana mayor, ya ayudábamos a mi mamá en la cocina: lavaba los platos, pelaba las papas, lavaba la ropa y hacía todo lo que se supone que una mujer debería hacer. Rara vez podía salir a jugar o tenía tiempo libre. Era una niña en una comunidad indígena, pero ya tenía ocupaciones de adulta. Nos decían que las mujeres



ustedes preguntaron, hicieron alguna encuesta a todos esos niños de la ciudad?". Siempre me respondían que no, que no lo habían hecho. Es verdad que un niño se emociona al ver un parque u otra obra similar, pero lo ideal es que reúnan a todos y les pregunten, así saldrían respuestas muy interesantes, como: "señor presidente, no quiero otra cancha más u otro parquecito más, quiero esto...". Porque pienso así, mi opinión siempre ha sido tomada en cuenta. Cuando me piden una exposición, no tengo miedo de hacerla, de decir lo que no me gusta; no me da miedo que otras personas no estén de acuerdo conmigo; tampoco me da miedo que los demás rechacen mis propuestas, porque sé que esto pasa naturalmente y en cualquier momento.

Si bien ahora no tengo miedo, no siempre fue así, fui aprendiendo a hablar con argumentos. Al principio, yo era una niña muy curiosa, por lo que me interesó conocer qué otras situaciones vivían las personas de mi alrededor. Lo que más me impactaba era conocer realidades que no sabía que existían, como la violencia, niñas violentadas o violadas, o las posiciones a favor y en contra del aborto. Comencé a visualizar y escuchar esas experiencias de vida de niñas que han pasado por ese proceso y luego me di cuenta de que yo también pasé por algo similar en su momento, pero no lo identifiqué. Ver las cosas que mi familia hacía y no son normales, o que sucedían en mi comunidad, me impactó. Luego entendí que son pensamientos que las personas ya tienen en sí, porque sus padres y sus abuelos los han criado de esa manera; por ejemplo, en temas de violencia doméstica, es fácil decir que la mujer debe cocinar, lavar, barrer, y el hombre solo va a trabajar y es la fuente de ingresos de la familia. Pero estos estereotipos son dañinos y no nos permiten salir adelante.

Otro ejemplo: en mi familia no existe un hombre que nos diga: "tengan, aquí está para su comida, para su ropa", sino que mi mamá, mi hermano y yo aportamos económicamente. Entonces me doy cuenta de que todo por lo que he luchado es verdad, que si yo y mi familia pudimos, muchas otras niñas y familias lo podrán hacer. Que un hombre se vaya de la casa no es el fin del mundo.

Siento que he tomado el camino bueno y he caminado bastante. En Plan International aprendí educación sexual y luego ingresé al proyecto Zona Libre de Embarazo; de ahí pasé a Cartas de Niñas; y soy la representante de Guayaquil del Movimiento Por Ser Niña. Me fui a Estados Unidos con Jóvenes Embajadores, con un proyecto llamado Zona Libre de Riesgos en Desastres Naturales, y cuando regresé surgieron otras oportunidades, como la Capacitación de Tecnologías que hice en Buenos Aires. Asimismo, a los 16 años viajé a Chile con el proyecto Jóvenes al Rescate de la Identidad Cultural, que trata de recuperar nuestras raíces culturales a través de la danza folclórica.

La danza le ha dado sentido a mi existencia, ya que me ayuda a conocerme. Cuando bailo expreso si estoy triste o feliz, si tengo iras, siento que de esta manera me desahogo. En la danza me busco. Cuando era más joven pensaba sacar un título de danza, estudiar Artes o algo así, pero ahora ha pasado a ser un pasatiempo. Mis objetivos han cambiado y ahora están alrededor de la obstetricia, que es la carrera que escogí. Ingresar a la universidad pública no es fácil, por lo que este ha sido un logro mío, luego Plan International me apoyó con una beca para estudiar en la universidad.

Cuando me gradúe podré atender a las personas que me dieron la mano cuando era chiquita o a las niñas que estudiaron conmigo y ahora ya están en edad de ser madres. Quisiera atender a todas las mujeres de la ciudad donde viva o trabaje, y no ser como la médica que receta de mala gana los anticonceptivos cuando alguien busca asesoramiento. Quiero hacer las cosas con un sentido social, que el esfuerzo y el trabajo duro de haber estudiado valgan la pena para otras personas.



enseñaban de forma lúdica. Esa también fue la primera vez que tuve contacto con el teatro.

A mi mamá le gustaban estos procesos y les dijo a mis cinco hermanos (somos seis en total) que fueran. A ella siempre le interesó el aprendizaje, era autodidacta, y en su búsqueda de nuevos conocimientos salió seleccionada para una capacitación de Plan International. Llegó a ser capacitadora. Trabajó mucho por la comunidad: formó parte del grupo comunitario, del de señoras y creó el grupo de jóvenes San Gabriel, al que yo entraría años después. Mi mamá también fue emprendedora, hacía artesanías de zapán, cuya materia prima son las cáscaras de plátano y café, con las que hacía portarretratos y casas. Ella murió cuando yo tenía 17, y el legado que me dejó es la lucha comunitaria.

Conforme pasaba el tiempo me comenzaron a interesar los temas que tratábamos en los talleres de Plan International, hablábamos de los derechos de los niños, de los deberes, del acoso hacia las niñas. Hablar con un niño sobre sus derechos es valioso, ya que la vida es un poco dura cuando vas creciendo y uno debe tener grabado en su cabeza cuáles son sus derechos y responsabilidades, porque si llegas a sufrir un abuso, de poder o de cualquier tipo, si ya sabes cuáles son tus derechos te puedes defender.

Cuando cumplí 12 pasé al grupo de jóvenes de San Gabriel. Ahí me di cuenta de que tengo un don para el arte, por eso, a los 14 comencé a hacer de mimo en los vacacionales, luego fui payasito y después fui animador.

A raíz de eso, con mi hermano mayor entramos a talleres de teatro, en busca de una educación artística no profesional. Asistí a varios cursos y nació mi sueño de tener un grupo actoral.

Gracias al teatro he tenido varios reconocimientos, entre ellos el segundo lugar en un concurso organizado por el Consejo Provincial de Manabí, con una obra sobre la corrupción; también hemos participado en el Festival del Cono Sur, y hace poco ganamos un concurso para realizar un proyecto a nivel nacional llamado Arte Para Todos, con el Movimiento Escénico Chivas, que yo fundé y lo integramos cuatro personas. A través de este proyecto impartimos clases de teatro y generamos debate de todo lo que nos afecta como sociedad. Una parte de Arte Para Todos funciona como método de rehabilitación para las personas que consumen alcohol y otras drogas; y, a través de otro enfoque llegamos con nuestro mensaje a los niños de las escuelas del sector público. Les hablamos sobre política, maltrato, equidad de género, derechos sexuales y reproductivos. Lo bueno del teatro es que se pueden manejar los temas mediante juegos lúdicos. También he tenido la oportunidad de capacitar a los niños de Plan International a través de estas técnicas.

Siempre he creído que el arte es un motor que impulsa el cambio social, que posibilita que otras personas tengan nuevas posibilidades en su vida. He intentado formarme profesionalmente en esta área pero es un mundo difícil de



CONCLUSIÓN

Liderar ha sido un verbo y, sobre todo, un derecho para las personas adultas, en su mayoría para los hombres. Por esto, a lo largo de la historia se ha compilado las experiencias de los líderes. Sobre las mujeres lideresas, quienes han desafiado las normas y el deber ser, hay poco rastro. Además, cuando estas mujeres son niñas o jóvenes, el silencio es abrumador.

Este libro es el correlato de ese silencio porque quienes hablan son ellas, las jóvenes mujeres que están liderando procesos en las comunidades más empobrecidas en Ecuador. También ellos, los jóvenes hombres que están aprendiendo a desaprender y a construir relaciones justas y horizontales.

Sus historias, tan diversas como sí mismas, nos cuentan cómo han cuestionado las normas socio-culturales, los roles de género y el trabajo impuesto; sobre las personas aliadas, papás y hermanos en varios casos; y sobre su lucha cotidiana por estar, decir y disentir en los espacios donde se opina y se toman decisiones.

Sus proyectos de vida han rebasado los límites de lo que se les había permitido desear. Muchas son las primeras de su familia en estudiar la universidad, lo que se ha convertido en un punto de partida porque aún les quedan muchísimas cimas por conquistar.

Sus vivencias enfatizan la importancia de ponerlas en el centro de todo proyecto, discurso y decisión y el poder que tiene cada una para transformar sus vidas y sus entornos. Es por esto, que seguimos trabajando para fortalecer su autoestima y resiliencia, para desarrollar su pensamiento crítico y reflexivo y para impulsar su empoderamiento desde que son niñas.

Ellas lideran con autonomía y valentía. Ellas se organizan e interpelan la desigualdad en el día a día. Ellas, quienes se adscriben y potencializan luchas comunitarias e históricas, encienden las alarmas para identificar y romper con la violencia y la discriminación, las suyas, las de sus madres, sus compañeras y sus comunidades.

Este libro nos deja un aprendizaje vital: el mundo justo es posible porque ellas, junto con ellos, lo están construyendo. Como Plan International Ecuador reiteramos nuestro compromiso para continuar impulsando sus procesos y creemos, que se debería multiplicar este tipo de esfuerzos para poder escalar a un nivel más amplio. El reto que nos queda, como sociedad, es cómo lograr avanzar con este tipo de iniciativas, para que un mayor número de jóvenes ecuatorianos logren una transformación integral; y así, generar más líderes y lideresas que multipliquen el impacto positivo de sus vidas en el país.



PLAN INTERNATIONAL

Por la niñez en Ecuador

